

¿Para qué sirve la Historia?*

Manuel Tuñón de Lara (1915-1997)

No hace muchas semanas, al presentar el libro de nuestros Coloquios de Pau en Bilbao, un estudiante me preguntó: «Todo lo que ustedes están diciendo es muy interesante para los especialistas, historiadores y estudiantes de Historia, pero ¿y todos los demás? ¿Para qué sirve la Historia, ese saber que van ustedes acumulando?»

Mi maldita e irreductible sordera me impidió responder como se merecía a una pregunta tan inteligente y de tanto alcance.

Digamos que la Historia es *la memoria del hombre en sociedad*, en cuanto ya no se es un hombre individual, sino un conjunto de relaciones entre hombres. Nadie duda de que cada cual necesitamos de nuestra memoria para poder conducirnos en cualquier acto de la vida; no es posible partir de cero. Y también que necesitamos, en el ámbito individual, de lo que suele llamarse «memoria de la especie», que regula una serie de nuestros actos. Pues si eso es así ¿qué importancia no tendrá para la vida en sociedad la memoria, la experiencia de los hombres en sus relaciones sociales?

La Historia como comprensión

Utilizando un ejemplo célebre dado por Bouvier-Ajam podemos pensar en aquel niño que al intentar escalar la valla en un

jardín por una cerca de alambre se engancha el calzón en uno de los pinchos; no consigue su propósito y por añadidura soportará una reprimenda de su madre. Ese niño ya ha aprendido cuáles son los obstáculos para saltar la cerca. La próxima vez -incluso si las circunstancias no son exactamente las mismas- estará en condiciones de conseguir su propósito. Aunque los hechos sean menos simples, igual ocurre a la sociedad con su memoria, que es la Historia.

Y aquí conviene evitar una confusión; la Historia no es narración, sino explicación, comprensión. La crónica medieval, el reportaje periodístico, el relato de un testigo no son Historia, sino materiales para formarla. Poco a poco, el hombre va modelando y perfilando su memoria social, la Historia. Gracias a ella va comprendiendo una serie de hechos de la más estricta actualidad, que inciden en su vida; *la Historia pesa sobre nuestra vida cotidiana*. Si hablamos, por ejemplo, de Banesto, con motivo de la última crisis de Gobierno, si empezamos a tomar conciencia de que hay unas oligarquías, si oímos o leemos que ciertas «grandes familias» son decisivas dentro del Consejo del Reino, todo parece más claro al comprender cómo se formaron esas oligarquías, cómo constituyeron un bloque dominante en el siglo XIX, cómo el sector agrario tuvo durante cierto tiempo la preponderancia, cómo se formaron los grandes

*Texto publicado en *Cuadernos para el Diálogo*, nº 175, 4 al 10 de septiembre de 1976, pp. 50-52

tampoco tiene política de alianzas y quiere librar un combate frontal a través de la Internacional) y por otro de la burguesía industrial, ya atemorizada y cediendo ante la Restauración, que es asunto del bloque gran burguesía terrateniente y de negocios.

El conocimiento de la Historia sirve también para desmitificar su instrumentalización: todos esos que hablan del «mandato de nuestros muertos» (como si los demás no tuvieran los suyos), toda esa trompetería de Otumba y Lepanto -que ya denunciaron valientemente Joaquin Costa y Antonio Machado-; por no hablar de falsificaciones de la Historia, que ya han caído en el más lamentable descrédito; por ejemplo, el «Imperio» de marras. Igualmente sirve como antídoto contra afirmaciones como aquella que hizo cierto ministro en ejercicio durante prolongados años (y que ha cesado en la última crisis), según el cual eso de las abstenciones no era grave (se trataba de comentar la abstención masiva en unas elecciones municipales «sui generis» de la época franquista), «puesto que en las elecciones de abril de 1931 que habían decidido un cambio de régimen hubo más del 50 por 100 de abstenciones». Ni que decir tiene que, en plena impunidad, debió dormir tan tranquilo aquella noche^[1].

La «mano extranjera»

Otra enseñanza: *Cómo desde el poder se deforma la oposición*. Es este asunto que traté en mi primera colaboración en el inolvidable *Boletín del Seminario de Derecho Político* de la Universidad de Salamanca, dirigido por Enrique Tierno Galván. Me refería a aquella llamada angustiada de Toreno a Thiers, en 1835. tratando nada menos que de «anarquistas» a los Progresistas de las

Juntas Provinciales. Decía que el Gobierno «está firmemente resuelto a contener la revolución y sostener las antiguas leyes de la Monarquía, modificadas y adaptadas a las necesidades del tiempo en que vivimos, sin cejar jamás un punto ante la invasión de los principios democráticos adoptados por todos los anarquistas de Europa» (*sic*). Casi lo mismo que repetía Dato ochenta y dos años después. Y todos -porque es muy característico- obsesionados por esa «mano del extranjero», socorrida creación del poder, cuya eficacia ideológica es tanta que, a veces, los propios gobernantes creyeron en ella. Un hombre de la inteligencia de Maura escribe a su hijo, cuando la huelga de 1917, en términos tales que parece creerse lo que él llama «la repugnante maniobra de elementos político-crematísticos del extranjero», dando así crédito a la calumnia lanzada por *El Debate* sobre provisiones de fondos para los huelguistas procedentes del extranjero. Y Burgos de Mazo se creó el cuento de sus confidentes de Gobernación, presentando al moderado Fabra Ribas como conspirador en contacto nada menos que con Bela-Kun (que tenía cosas más serias que hacer en Hungría en aquel verano de 1919, que pasó el político onubense en el Ministerio de la Puerta del Sol).

¡Socorrida alusión al extranjero, perenne mente utilizada por quienes desde el poder eran harto dóciles ante las Bancas extranjeras prestamistas del arruinado Tesoro! Desde el poder, un ministro de Hacienda había promulgado en 1856 una Ley de Sociedades de Crédito dictada por los capitalistas franceses *Péreire hermanos*. y dos ex ministros de Hacienda presentaban a los pocos días una proposición de ley inspirada por la casa Rothschild. Y también el poder, en 1866, se entregaba atado de pies y manos a la casa británica Overend, Gurney and Co., cuya quiebra provocó entre nosotros una catástrofe financiera y la dimisión de Alonso

1.- Como cualquiera puede comprobar, la participación electoral el 12 de abril de 1931 fue de 66,9 por 100.

Martínez, ministro de Hacienda.

El «coco» extranjero es agitado por Sagasta en octubre de 1871, como también agita la leyenda «versallesca» de «los horrores de la Commune», y calla los 30.000 exterminados por las fuerzas de Mac Mahon. Sagasta califica a la Asociación Internacional de Trabajadores de «utopía filosófica del crimen», y sin ningún rubor asegura que «más de trescientos agentes secretos de la Internacional se han infiltrado en España para perturbar el orden y hacer proselitismo». ¡El movimiento obrero internacional siempre tuvo buenas espaldas! Pero al mismo tiempo, Sagasta se entendía con el Gobierno de Prusia para actuar contra las organizaciones obreras.

La Historia nos enseña también «tremendos hechos revolucionarios» de orígenes oscuros, que sirvieron a la reacción conservadora: la «Mano Negra», en 1882, los sucesos de Jerez, diez años más tarde... y la quema de los conventos en 1931. También se aprende algo sobre ciertas impunidades; evoquemos la multitudinaria protesta de obreros y estudiantes granadinos contra los hermanos La Chica, caciques de aquella ciudad, en febrero de 1919. El gobernador manda que la Guardia Civil sofoque la manifestación, y hay descarga cerrada con «la Universidad acribillada a balazos y la población granadina bajo el peso de un ultraje colectivo» (escritos del rector y de ochenta profesores citado por el historiador Antonio M. Calero). y mueren el estudiante Ruiz de Peralta, el obrero Ramon Gómez y una señora, Josefa González. Romanones, jefe del Gobierno, destituye al gobernador; Pablo de Azcárate (diputado por León y catedrático de Granada) interpela al Gobierno, y el teniente de la Guardia Civil Garate, que mandaba la sección que disparó sobre la Universidad, fue momentáneamente arrestado. No hubo mayor exigencia de responsabilidades. Y natural-

mente -como dice Calero- «fue la derrota del lachiquismo, pero no del caciquismo». La impunidad es rentable.

El ejemplo de la guerra civil

Los textos presentados en *Cuadernos para el Diálogo* con motivo del XL aniversario de la guerra civil replantean inevitable y directamente el tema de «¿para qué sirve la Historia?». A nivel político la guerra tiene que estar y está superada; pero eso, precisamente, la hace entrar en el dominio de la Historia como objeto de conocimiento científico. Y ahí no caben olvidos, ni justificaciones. ni mucho menos legitimaciones pseudo- históricas de poder. Pienso que el trabajo de Antonio Elorza, en su esencialidad, plantea una línea de investigación histórica cuyo desarrollo no puede ser minimizado.

Hay que preguntarse -escribe Elorza- «por las fuerzas económicas y políticas que hicieron posible tanto la tragedia como la sociedad española de los 40». Y marca líneas de investigación que no vamos a repetir. Es una concepción científica de la Historia frente a la gama de interpretaciones «ideologizadas» de nuestra guerra, desde el triunfalismo (ya desacreditado y sin lenguaje común con la ciencia) hasta esa otra posición de repliegue que consiste en vaciar nuestra tragedia civil de contenido social, en hacer abstracción de las clases sociales, sus intereses, sus alianzas y enfrentamientos, sus expresiones a través de partidos, de grupos de poder, de grupos de presión, etc. Por eso, donde antes se decía, «el Ejército como un bloque se alzó para salvar a España», ahora se dice: «No todos los militares se alzaron, muchos fueron fieles a la República», lo cual es verdad, pero no una verdad suficiente. A esa visión «pseudo-humanista» y abstracta le va bien la afirmación de que hubo masas populares en el Alzamiento; lo

cual, con la sola excepción de Navarra, no resiste a la menor prueba de la Historia. Si las había, ¿dónde lucharon como tales multitudes civiles?, ¿en Barcelona, en Valencia, en Madrid, en Bilbao en Malaga? Porque los hombres del pueblo, sin armas, resistieron dos días a la Legión en el barrio de Triana, más de un mes en las minas de Río Tinto, dos días en La Coruña... por no citar sino donde estaban por inermes. En los días del Alzamiento, los voluntarios civiles se cuentan por centenas (y no muchas) en cada capital, con las excepciones de Navarra, Valladolid y Burgos^[2]. Es luego, cuando hay frentes, cuando las trincheras están cavadas; se trata de una guerra, con aglutinamiento social en cada bando, con órganos de poder sin duda incoherentes, pero ejerciendo el máximo rigor maniqueo. Entonces sí encuentran los alzados sus «bases sociales» en Castilla, parte de Aragón, la Galicia interior. En Andalucía y Extremadura se apoyarán fundamentalmente en el terror... que también proporciona «voluntarios» a partir del mes de agosto. Pero hay que ir al fondo de la cuestión. ¿Por qué, para qué y para

quién una terrible guerra cuyas reliquias pesan incluso sobre generaciones que no habían nacido entonces? Para eso, y sin el menor espíritu de beligerancia, debe servir la ciencia de la Historia.

Avance a través de cambios

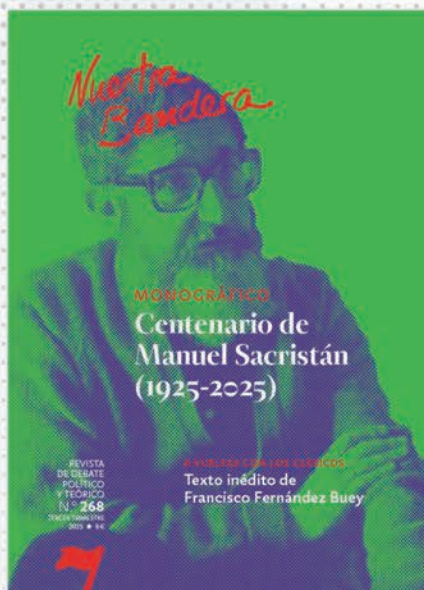
En resumidas cuentas, la Historia, esa memoria social del hombre, existe porque este ha superado el estadio natural, ha creado los medios para subsistir a sus necesidades por el trabajo, ha ido avanzando a través de luchas y contradicciones; en suma, a través de cambios. Si no hubiese cambios, la Historia sería un pasatiempo para ocupar el tiempo libre; pero como hay conflicto y cambio -guste o no guste-, la Historia como ciencia es un instrumento de conocimiento insoslayable. La Historia no es futurología -guardémonos de semejante temeridad-, pero si es una brújula eficaz para orientarse en el presente y sondear el mañana.

M. T. de L.

2.- Que el Alzamiento no tenía carácter popular-civil se comprueba por el apartado 4 de la Instrucción Reservada número 3 del general Mola, que dice así: «Se ha de procurar por todos los medios, en el momento de declararse el estado de guerra, que el Comité Civil tenga preparada gente para que aplauda con entusiasmo a las fuerzas, para que éstas se vean asistidas por el pueblo. Será conveniente que se den vivas al Ejército, a la Marina y a la España republicana (sic)». (Enviada la última semana de mayo de 1936.)

Nuestra Bandera

Revista de debate teórico y político editada por el Partido Comunista de España (PCE)



¡SUSCRÍBETE!

<https://www.pce.es/nuestra-bandera/>